

Comparativa de dimensiones distintas que, de manera harto torpe en sus principios, puede alcanzar en sus versaciones un chupaplumas

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar



Le dije que exageraba.
Que yo nunca...

Pero eso tú, María
Eulalia, seguro que ya lo
sabes.

Me había pedido años
atrás y al cabo de unos cuantos sin vernos que le hiciese
un favor de suma importancia para él, y ahora — quiero
en realidad decir entonces, cuando nos encontramos y
estuvimos hablando del asunto —, una vez hecho el favor,
me reprochaba no sé qué deslealtades y me culpaba de
haber traicionado nuestra amistad.

Pero, María Eulalia, también eso seguramente tú lo
sabes.

Entonces fue cuando le respondí...

Pero para qué María Eulalia, aburrirte repitiendo una
vez más tantas cosas que con seguridad tú ya sabes...

Están, además, llamando a la puerta, de modo que
viéndome apremiado por la contingencia que los de aquí
llamamos tiempo estimo razonable el aplazar para otro
momento el proseguir no contándote, de manera sucinta
porque eso, insisto, María Eulalia, ya lo sabes, qué
sucedió y cómo en mi verdad fueron las cosas sino, largo
y tendido y exclusivamente con ánimo de no aburrirte,
por qué omito tanta reiteración innecesaria y paso, es
decir “pasaré” cuando regrese de la puerta, directamente
a la [página 24](#), que es la primera de todas cuantas en esta
magna historia van escritas que contiene algo nuevo y
continente de lo que pretende, de manera harto torpe en
sus principios, alcanzar una dimensión distinta.

Versaciones de un chupaplumas

Nota preliminar



Le dije que exageraba. Que yo nunca...

Me había pedido años atrás y al cabo de unos
cuantos sin vernos que le hiciese un favor de suma
importancia para él, y ahora — quiero en realidad decir
entonces, cuando nos encontramos y estuvimos hablando
del asunto —, una vez hecho el favor, me reprochaba no
sé qué deslealtades y me culpaba de haber traicionado
nuestra amistad.

Entonces fue cuando le respondí exageras, y él con
muy malos modos replicó no exagero en absoluto.

— Claro que sí. Lo que pasa es que cada cual recuerda
las cosas como le conviene.

— ¿Me conviene; me reporta algún tipo de felicidad o
beneficio el recordarlas como fueron?

— ¿Cómo fueron?

— Lo sabes perfectamente.

— Eso es verdad; con tanta claridad que te cuento si
quieres, punto por punto y palabra por palabra, qué pasó
y de qué hablamos.

Y como se quedó callado mirando el cenicero con
gesto hosco, di por hecho que asentía y empecé a hablar,
desde el principio; desde el principio aunque —
entendiendo que había supuesto igual que yo que, no
teniendo ya temas comunes de que hablar después de
tanto tiempo, nos limitaríamos a cruzar algunas frases
huecas en aquella acera abarrotada de la Carrera de San
Jerónimo y seguir cada cual nuestro camino — me salté
el saludo y un par de trivialidades referentes al tiempo,
por cierto, muy lluvioso.

— Tampoco te contaré — dije —, puesto que tú
mismo podrás recordar un cenicero lleno y dos paquetes
de tabaco vacíos iguales que estos —, que nos habíamos
equivocado los dos.

Omití asimismo que al cabo de un rato recibiendo
empellones de los que caminando con prisas y paraguas